

Barrio con edades. Una mirada a la infancia desde las clasificaciones etarias.

María Celeste Hernández
LECyS, FTS, UNLP
mhernandez@trabajosocial.unlp.edu.ar

Resumen:

A partir de resultados de mi investigación doctoral sobre la construcción social de las infancias y la construcción infantil de las ciudades realizada en un barrio platense de características socio-urbanas heterogéneas, este trabajo se concentra en el procesamiento social de la edad.

La clasificación en categorías forjadas en torno a la edad es una de las más relevantes que posiciona socialmente a las personas, aunque queda muchas veces invisibilizada al naturalizarse. La multiplicidad de palabras empleadas por niños y adultos para ubicarse en lo que a las edades concierne varía en relación a los demás, depende de su contexto de enunciación y del lugar que cada uno de ellos ocupa respecto a otros. Si bien relacionales, consideramos que las identidades etarias no se forjan en un vacío de sentidos, sino más bien en el reconocimiento de las mediaciones socioculturales de tales categorías.

Analizar entonces los criterios de clasificación centrado en la edad que posicionan a las personas en “El Mate” será el aporte de esta ponencia al abordaje de las infancias de las niñas y niños que lo habitan.

Palabras claves: infancias, procesamiento social de la edad, antropología

1. Presentación

En los últimos 20 años en el contexto de las ciencias sociales, se ido fortaleciendo –también en nuestro país– un campo legítimo de investigaciones sobre la infancia. En este campo, una serie de postulados han ido ganando consenso, constituyéndose en puntos de partida de buena parte de los estudios que aquí se enmarcan. Así, que la infancia no constituye un fenómeno universal, que se trata de un constructo socio-histórico, que su forma plural

infancias visibiliza la heterogeneidad de representaciones y prácticas que se evidencian en torno a ser niño, o que postular una perspectiva relacional se presenta como la más adecuada para abordarla, son algunos de los principios que orientan nuestras investigaciones.

La pesquisa que relato en estas páginas se forjó sobre estos preceptos desde que los niños y niñas que habitaban el barrio “El Mate”¹ fueron las personas centrales de esta investigación². La infancia que ellos iban construyendo en su “andar el barrio”³ constituyó uno de los principales interrogantes que buscamos desentrañar: ¿Quiénes eran niños⁴? y ¿Qué era ser niño? se constituyeron en preguntas tan fundantes como problematizadoras. Esta ponencia se abocará al clivaje etario, uno de los ejes emergentes para ahondar en sus respuestas.

Desde esta perspectiva, otro conjunto de preguntas guiará nuestro análisis: ¿Cómo las personas con que trabajamos⁵ organizan el curso de la vida? ¿Cuáles son los grados de edad que reconocen? ¿Qué criterios intervienen en esa clasificación? ¿Qué implicaciones tiene reconocerse en cada uno? ¿Qué características tienen los vínculos entre quienes pertenecen a distintos grupos?.

La propuesta es entonces analizar el sistema de edades en que la infancia se incluye como *grado de edad*⁶ en este territorio. Con ese objetivo la presentación se organiza en tres apartados. En el primero se presentará la investigación realizada y una breve caracterización del barrio. Seguidamente se

1El nombre del barrio, así como los de las personas, organizaciones e instituciones con quienes se desarrolló esta investigación fueron modificados. Su reemplazo por nombres ficticios busca preservar su identidad, lo cual fue parte de los acuerdos establecidos.

2Refiero a la investigación que forjó la tesis Doctoral en Antropología Social “Crecer en la ciudad: usos y representaciones del espacio urbano entre niños y niñas de La Plata (Provincia de Buenos Aires, Argentina)”. Esta contó con el financiamiento de CONICET (Becas doctorales Tipo I y II) y fue realizada entre los años 2009 y 2016.

3 Se adopta como formato de estilo las comillas para señalar palabras textuales registradas en el marco de entrevistas o conversaciones informales.

4Usaré en algunos casos el genérico masculino “niños” para referir a niños y niñas sin que ello desconozca las preocupaciones vinculadas a las cuestiones de género.

5 Haré referencia aquí al conjunto de personas con quienes se realizó la investigación.

6Con *grado de edad* aludimos a las divisiones del curso de la vida por la que pasa un individuo hasta su vejez. *Grado, clase o categoría de edad* ubican socialmente a las personas en función de su edad social, y han de ser definidas identificando los “criterios específicos de diferenciación etaria que despliega cada colectivo social” (Gentile, 2014: 34). Kropff alude “al grado de edad como el lugar de la interpelación en tanto inscripción material de subjetividades hegemónicamente definidas” (Kropff, 2011: 178).

describen y analizan las clasificaciones etarias que son usadas y ordenan las relaciones entre los habitantes de El Mateen base a la edad. El apartado siguiente busca desentrañar las implicancias de una perspectiva relacional y situada al análisis de la edad. Para finalizar, la apuesta en el cierre es discutir los aportes del análisis de los sistemas de alteridades etarias para abordar la experiencia de infancia –que de manera desigual- se produce en esas relaciones.

2. Una etnografía de “El Mate”

“El Mate”, tal como lo llaman las personas que lo habitan, es un barrio ubicado al sudeste de La Plata. Allí tuvo lugar esta investigación, que preguntándose por las experiencias urbanas de niñas y niños, puso el foco en la espacialidad infantil.

Desde una mirada antropológica, la etnografía realizada buscó conocer “de cerca y de adentro” (Magnani, 2002) las infancias de un grupo de niños pertenecientes a los sectores más pobres de la zona. Junto a ellos, sus familias y otras personas con quienes se relacionaban cotidianamente se llevó a cabo esta pesquisa, tanto a partir de los métodos clásicos de la disciplina antropológica, como valiéndonos de algunas herramientas menos tradicionales que resultaron de utilidad para incorporar a niñas y niños como interlocutores válidos (Szulc et. al. 2008; Hetch et. al. 2009).

El barrio El Mate forma parte del Centro Comunal Villa Elvira, uno de los 19 que conforman el Partido de La Plata. A diferencia del Casco que comprende el cuadrado fundacional de la ciudad⁷, los otros centros comunales son relativamente heterogéneos -a su interior y entre sí- en términos socio urbanos. Villa Elvira se encuentra en el “afuera” que figuran las representaciones hegemónicas de La Plata (Segura, 2010) y según los datos censales disponibles⁸ alojaba la mayor cantidad de habitantes del partido luego del Casco, mostrando un panorama de peores condiciones socioeconómicas,

⁷Para ahondar en la historia urbana de la ciudad ver Garnier, 1992; Segura, 2010, entre otros.

⁸ Los datos disponibles para el Centro Comunal Villa Elvira son los elaborado por la Dirección de Estadística de la Municipalidad de La Plata a partir del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda 2001 [<http://www.estadistica.laplata.gov.ar/>].

incluso por debajo del promedio del partido⁹.

Desde la aproximación socio-antropológica adoptada, este sector del partido puede caracterizarse como heterogéneo, poniendo en evidencia con este adjetivo el contraste con otras zonas urbanas donde la geografía pareciera superponerse de modo más lineal a la posición de sus habitantes en el espacio social (Bourdieu, 1990)¹⁰. En El Mate calles de asfalto y de tierra se entrecruzan dejando entre ellas algunos predios baldíos. Encontramos en la misma cuadra viviendas “de material”, que se erigen a continuación de edificaciones más inestables y casas de madera de un solo ambiente, junto achalets en dos plantas con garaje que son monitoreados por empresas privadas de seguridad. Muchas viviendas son autoconstruidas y permanecen por años en proceso de construcción. La infraestructura de servicios (agua, electricidad, gas, televisión por cable) se distribuye por la zona sin planificación, siendo desigual su disponibilidad y calidad dependiendo de si se trata de conexiones realizadas por las empresas responsables o por los propios usuarios.

Quienes habitaban esas cuadras heterogéneas, se encontraban socialmente distantes a pesar de los pocos metros que los separaban en la geografía. Si bien la clase social se presentó como una de las dimensiones de análisis, otros clivajes posicionaban diferencialmente a los habitantes. En intersección con la clase, el género y la nacionalidad, la dimensión etaria resultó significativa.

Según la posición de edad, se habilitaban y condicionaban para las personas unos modos de relación entre pares y con quienes eran menores o mayores, se presentaba la posibilidad de habitar determinados espacios y maneras de hacerlo, de transitar por unas particulares instituciones o desarrollar ciertas actividades. Este modo de procesar social y culturalmente la cantidad de años

⁹Considerando como indicador las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) es posible señalar que de un total de 16.418 hogares en la delegación, 13.955 no presentaban NBI, mientras que estas aparecían en 2.464. En términos porcentuales se calcula que había necesidades insatisfechas en el 17,1% de su población, cifra que se encontraba por encima del promedio del partido (12,8%), y que en el Casco descendía a 2,1%.

¹⁰ El autor refiere a que “el espacio social se retraduce en el espacio físico pero siempre de manera más o menos turbia: el poder sobre el espacio que da la posesión del capital en sus diversas especies se manifiesta en el espacio físico apropiado en la forma de determinada relación entre la estructura espacial de la distribución de los agentes y la estructura espacial de la distribución de los bienes o servicios, privados o públicos” (Bourdieu, 1990:119).

transcurridos desde el momento de nacimiento es el que buscamos desentrañar dando cuenta de las maneras de organizar el ciclo de vida (James, Jenks y Prout, 1998;Chaves, 2010; Szulc 2006).

Mirar la edad desde una perspectiva antropológica como la que proponemos conlleva el desafío de conocer las clasificaciones etarias y los ordenamientos a que daba lugar indagando las disputas en torno a los sentidos que habilitan y limitan el tránsito por –y la experiencia de– cada uno de los momentos de la vida.

3. La clasificación de las edades desde Barrio El Mate

El ordenamiento de las personas en base a un criterio etario emergía con frecuencia en situaciones compartidas con los niños en el marco de nuestra investigación. Las clasificaciones se enunciaban por ejemplo durante las mañanas en una ONG cuando mientras tomaban el desayuno, los chicos solían tener algo que contar: “¡No, esa no! La más chiquitita, la bebé” me explicaba Mili (7)¹¹ con la palma hacia el suelo, para diferenciarme entre sus dos hermanas menores (una de dos años de edad y la otra de casi uno). Entre los temas que podían desprenderse de una conversación algún niño reclamaba que no le daban permiso para ir solo a la plaza en cambio “con mi hermano, el que venía antes, que ya egresó, ¿viste? Con él sí puedo ir¹²”, o una niña mostraba orgullosa a sus compañeras: “¿Sabías que yo soy tía? tengo dos sobrinos, uno ya es grande, más que yo”. De este modo los niños se ubicaban en un sistema de alteridades basado en la edad¹³ y su

¹¹Los números entre paréntesis tras los nombres aluden a la edad de la persona. Los motivos de esta decisión residen en ubicar a los lectores. Esto requiere, sin embargo, una disquisición. Se coloca la edad biológica-cronológica como dato que pueda servir para un ejercicio comparativo con las concepciones hegemónicas sobre los grados de edad que puedan atravesar al lector. No hay correspondencia universal entre este dato de paso del tiempo y la biología, con las experiencias etarias o el procesamiento social de la edad.

¹²El “egreso” alude a la finalización de la trayectoria prevista para los chicos en la ONG mencionada.

¹³ Este sistema, como sugiere Laura Kropff, habilita una estructura de interacción etaria, donde las categorías auto y alter descriptivas (infancia, juventud, adultez, etc.) enmarcan a su vez las relaciones, inscribiéndolas en la trama social en clave etaria. “La alteridad refiere a una relación de subalternidad que está justificada en la diferencia y que implica asimetría” señala la autora las disputas en el marco de las relaciones de poder (Kropff, 2011: 174).

experiencia infantil sólo puede pensarse desde ese sistema en que la infancia se constituye como *grado de edad*.

Es sólo en relación a quienes son menores o mayores que ellos son niños. Por eso a continuación veremos cómo se organizan las edades describiendo situaciones y contextos de enunciación que permiten mostrar las clasificaciones etarias en que reconocemos las categorías: 1) bebés y nenes (Los “chiquitos”), 2) niños, adolescentes y jóvenes y 3) los adultos y viejos.

“Los chiquitos”: bebés y nenes

“Chiquitos”, “nenes” o “bebes” eran palabras empleadas con frecuencia para nombrar la categoría en que se ubicaba a las personas que transitaban los primeros años de vida y en quienes se extremaban los cuidados involucrando en esa tarea a quienes relativamente eran reconocidos, y se reconocían a sí mismos en ese vínculo como “más grandes”. La mayor dependencia se distinguía entre quienes eran “chiquitos”, y esa posición involucraba en la cadena de cuidados no sólo a los adultos.

Además de las viviendas, el espacio de la calle próximo a éstas era usado por estos niños pequeños. En general lo hacían acompañados por alguien mayor aunque en varias oportunidades los encontramos solos en la vereda o con algún juguete junto al cerco de la casa. Usualmente alguien estaba al tanto de ellos como se puso en evidencia durante nuestra investigación, cuando al acercarnos, una persona mayor salió de alguna casa a observar qué pasaba, dando cuenta de la atención que les propiciaban –que a primera vista parecía ausente-.

Niños: autonomía, responsabilidades y el espacio que se agranda

Desde los 6 años aproximadamente los chicos andaban solos por su cuadra y en ese ejercicio iban ganando autonomía. Muchas veces se enfrentaban con situaciones a resolver y buscaban hacerlo sin pedir ayuda evidenciando en sus elecciones e iniciativas, y a veces en los adultos en un “dejarlos hacer”, cómo se daba lugar a prácticas más independientes. Cierta autonomía era deseada por algunos mayores: “Darío es terrible, no hace nada solo”,

señalaba su mamá refiriéndose a que el niño de 7 años no se animaba a tomar el colectivo si no era con su hermana mayor. Entre permisos implícitos, que no necesitaban pedirse, y espacios y tiempos con pares o en soledad, se iban configurando procesos de autonomización infantil que marcaban el pasaje de "chiquitos" a "niños".

Esta independencia relativa con que contaban, era también una expectativa sobre su posición. Sin negar la dependencia como un aspecto del proceso de maduración biológica asociado a habilidades físicas y mentales, y lejos de ser una cualidad intrínseca de individuos particulares, la pensamos como una relación social que se apoya en el ejercicio de poder (Hockey y James, 2003)¹⁴. Históricamente la infancia¹⁵ ocupó una posición de sumisión en las relaciones sociales, políticas y económicas en relación a otros grupos y grados de edad. Conceptualizados como "en proceso de crecimiento", en situación de transitoriedad a la adultez, en camino a ser personas plenas y completas, entre otros términos de in-completitud, los niños fueron ubicados en un espacio (familiar e institucional) de vigilancia. Su vida emocional e intelectual estaría bajo la mirada de los adultos más que bajo su propio control. Este patrón de dependencia asociado a la niñez fue naturalizado como característica clave de la experiencia infantil en occidente. Construyendo en el mismo movimiento, entre otras instituciones, a la familia y la escuela como quienes velarían por ellos.

Esta representación de infancia no pocas veces entraba en tensión con las prácticas cotidianas de los niños del barrio, que en distintos aspectos de su vida tomaban decisiones, asumían responsabilidades y se ocupaban de su propio cuidado así como de quienes eran menores que ellos. En el barrio los niños eran además, los encargados de las compras en los negocios cercanos o de pedir ayuda a algún vecino. También eran quienes llevaban

14 Los autores abordan la relación entre la categoría de persona y el concepto de dependencia. En ese contexto "la negación, concesión o quita del estatus de persona está inextricablemente atado a la dependencia *percibida* y es el niño el que provee el símbolo dominante de este estado de dependencia en muchas culturas occidentales" (Hockey y James, 2003:45 traducción propia, cursiva de los autores).

15 La infancia occidental contemporánea se configuró como construcción histórica en oposición a la adultez y señalando en mayor medida los contrastes entre ambas. Hockey y James (2003) enumeran entre sus características la separación temporal y espacial del niño conceptualizado como un "otro" diferente, inocente y vulnerablemente dependiente.

mensajes o devolvían objetos prestados. Estas prácticas los hacían conocedores del barrio y de quienes lo habitaban. A diario los niños transitaban por diferentes lugares con espacios y tiempos muy reglados como la escuela o “la ONG”, o en menor medida como comedores y copas de leche. El uso del espacio público abría otras posibilidades para su cotidianidad.

Particularmente significativo para los niños era su papel en el cuidado de los hermanos menores. Esta responsabilidad que involucraba a niños y jóvenes no impedía que estuviesen entre pares, salieran a caminar por el barrio, se reunieran con los compañeros de la escuela o asistieran a las actividades de la ONG. Solo que no lo hacían solos, sino con alguien "a costas". Como mencionamos en otra oportunidad: “El uso del tiempo y del espacio de quienes tienen a su cuidado a los más chicos se debate entre responsabilidades y deseos, y da lugar a tensiones que se resuelven en muchos casos, incorporando a los pequeños a las actividades”(Hernández et. al. 2015:132).

Por su parte, los niños cuidados buscaban su propio lugar y actividades, que no siempre compartían con sus cuidadores: Carina (9) contaba que solía ir a la plaza con sus hermanos mayores y mientras ellos charlaban, ella se iba a los juegos. También podían encontrar entretenimiento mientras los mayores hacían música en la ONG, o se sumaban a los paseos por el centro de la ciudad. Esta forma de sociabilidad entre hermanos de distintas edades, habilitaba espacialidades que se ampliaban y diversificaban, tanto como abría la posibilidad a experiencias particulares que moldeaban mutuamente su socialización mientras ambos crecían. Para unos, esto involucraba por ejemplo, asumir la responsabilidad sobre sus hermanos: vigilarlos, cuidar que no se lastimaran o se fueran lejos, ejercer la autoridad que generaba la situación y también aprender a negociar para no abandonar por completo sus propios deseos. Para los más pequeños, se presentaba la posibilidad de recorrer nuevos lugares, relacionarse con chicos mayores y acceder a otras actividades y sentidos.

Cuando se deja de ser niño: adolescentes y jóvenes

En el correr del tiempo identificamos algunas prácticas o acontecimientos que puntúan cambios en la ubicación etaria de las personas, ciertas marcas que leídas analíticamente, permiten señalar cómo esas edades, y el pasaje entre grupos etarios, son socialmente procesadas. Cada una de las situaciones que analizamos a continuación posibilitan dar cuenta del proceso que lleva a las personas a posicionarse a sí mismas y a otros en la transición cuando se deja de ser niño y aún no se es “grande”. Esto por ejemplo:

1. Cuando una persona mayor indica a otra menor su posición (próxima a la propia) al permitirle acceder a cierta información o estar en determinados lugares aunque sin ubicarla en la condición de par, señalando al menor que por serlo, le debe respeto.
2. Cuando las prácticas son descritas como hacer nada o hacer “cosas malas”, entonces sus protagonistas, ya no son niños.
3. Cuando se los identifica con “la edad difícil”.
4. Cuando se notan cambios físicos (pubertad) y/o empiezan a preocupar temas de la presentación personal (apariencia), seducción y/o sexualidad.
5. Cuando las diferenciaciones de tareas por género se hacen más evidentes.
6. Cuando se ingresa a la escuela secundaria o se “egresa” de la ONG.

En estos contextos los niños iban dejando de serlo para ellos mismos y para otros. Estas situaciones permiten leer cambios en los posicionamientos etarios poniendo en evidencia su carácter relacional en el marco de interacciones con pares, mayores o menores, e instituciones. En esas relaciones la mirada de otros así como los sentidos socialmente compartidos interpelan las propias trayectorias vitales. Distinguimos algunos elementos que participan de este ordenamiento biográfico en los relatos de la “primera vez”¹⁶, los sentidos y valoraciones sobre los grados de edad, los cambios

16 Los “relatos de la “primera vez” funcionan como “puntos de inflexión” en los calendarios personales, marcan el comienzo de sociabilidades y la adquisición de estatus, que aunque inestables y reversibles, permiten organizar los cursos de vida” (Gentile, 2014:161). Esta autora, para analizar las biografías en las condiciones de precariedad e inestabilidad social que caracteriza a los niños y jóvenes de los márgenes socio-urbanos del AMBA considera esta propuesta analítica para dar cuenta de trayectorias vitales que no necesariamente responden a un modelo lineal de etapas sucesivas de la vida y ámbitos donde transcurren (familia, instituciones educativas, trabajo).

físicos, la asunción de roles asociados a determinados grupos etarios o los parámetros institucionales que responden a un modelo de etapas sucesivas. Estos constituyen modos concretos en que se produce la *experiencia etaria* y dan cuenta del proceso que lleva a ubicarse -y ser ubicado- según un criterio etario.

Y se sigue creciendo hasta que “el cuerpo ya está viejo”

Las madres de los niños que fueron mis interlocutores tenían entre 28 y 35 años y se consideraban adultas. La mayoría de ellas tenía entre 3 y 9 hijos, entre 17 años de edad los mayores y algunos meses los más pequeños. Gran parte de las familias con que trabajé estaban integradas por hijos que pertenecían a distintas parejas y salvo en un caso, todos los niños vivían con sus madres. A los 55 años “el cuerpo ya no da para trabajar, ya está viejo” preveía Mirta (31) el fin de la vida laboral de su marido. En muchos casos los abuelos de los niños tenían alrededor de 45 años y era común que se hablara de ellos como “viejos”. Adjetivo que difícilmente se emplea para las personas de esta edad pertenecientes a otros sectores sociales donde el promedio de vida se aproxima a los 80 años y su desarrollo tiene lugar en condiciones de mayor protección y atenciones, además de otros cuidados corporales que tienden a mitigar las expresiones del paso del tiempo¹⁷.

El tener hijos y trabajar eran dos características que modificaban la cotidianeidad de los jóvenes, quienes señalaban cambios contrastantes cuando el cuidado de sus propios bebés y niños y el sustento de un hogar se incorporaban a sus responsabilidades. Si además se pasaba a convivir en pareja los cambios eran más marcados. El nuevo núcleo familiar ubicaba a los jóvenes padres en otra posición, y el “juntarse” era reconocido como un punto de inflexión en sus vidas. La familia recién constituida solía encontrar vivienda en zonas próximas a donde residía su familia de origen y en

17 En su tesis doctoral Florencia Bravo Almonacid analiza diferencias en el proceso de envejecimiento. A partir de la construcción y comparación de pirámides poblacionales, la autora afirma que una de las diferencias más importantes se pone en evidencia al comparar grupos poblacionales con distintos niveles socioeconómicos donde observa que “la población en situación de pobreza presenta rasgos característicos de una transición demográfica rezagada, con altos índices de fecundidad y mortalidad a edades tempranas” (2014:33).

ocasiones la vivienda se emplazaba en el mismo terreno. En estos casos las tareas domésticas y el cuidado de los niños solían involucrar a las abuelas o hermanas mayores, y habilitaba a las jóvenes madres la posibilidad de compartir esas responsabilidades como también reconoce Bravo Almonacid (2014) en su investigación sobre la vejez en la pobreza.

Las mujeres adultas eran quienes permanecían más tiempo en el hogar, sobre todo las que no tenían empleo. Ordenaban y limpiaban su casa, cuidaban de sus hijos y preparaban la comida. Una marcada distinción entre los quehaceres femeninos y masculinos era reconocida.

4. El carácter relacional y situado de la edad

Podemos evidenciar momentos donde los niños ubicados por otros en una posición etaria se desmarcaban ubicándose de otros modos en esas situaciones. Y por supuesto, luego podía pasar que usaran la “antigua” posición en otro contexto. Esta dinámica situada y relacional de la edad permite referirnos a su performatividad, a la “puesta en escena” que se desarrolla en el encuentro con otros y que se organiza en base a criterios etarios.

Así como se dejaba de ser “chiquito” adquiriendo habilidades e intereses, ganando permisos o asumiendo responsabilidades, algo semejante ocurría cuando se iba dejando de ser niño. Nuevos roles se desempeñaban en la relación con otros, reconociendo diferencias o semejanzas que buscaban imitarse o contrastarse. El enunciador marca su lugar, toma distancia de las prácticas que caracterizan a quienes son menores y se ubica a sí mismo señalándose –con orgullo- mayor. Daniela (11) por ejemplo, ubicándose así misma se había negado a ir a la plaza conmigo y un grupo de niños aduciendo que ya era “grande para esas cosas”.

Bruno (9), por su parte, no tenía permiso para hacerse un piercing como tenía su hermano de 15 años, pero buscando acercarse a esa estética (que compartía con otros jóvenes), el niño se pegaba en distintos lugares de la cara una especie de aros de papel que los imitaba. Identificamos otros ejemplos, cuando desde pequeñas las niñas “se aprendían” (aludiendo que

nadie les había enseñado), las letras y pasos de baile de las canciones de moda que se escuchaban a menudo desde los teléfonos celulares de los adolescentes. La estética de los niños mayores que comienzan a preocuparse por su aspecto es igual o muy similar a la de muchos jóvenes del barrio. Este cuidado de la apariencia personal es uno de los elementos que muestra la transición hacia un nuevo enclasmiento en el sistema de edades, no solo por empezar a ocuparse uno mismo del propio cuerpo y su presentación, sino por la búsqueda de estéticas "de más grandes" con las cuales señalaban su cambiante posición etaria, identificándose con ellos.

Sumarse a las actividades de los mayores habilitaba nuevos repertorios para los niños, aunque los modos en que eran significados o valorados podían no ser los mismos. Sabemos que la edad es uno de los clivajes que moldean los sentidos que otorgamos al mundo. De allí que una misma situación puede ser significada de distintas maneras entre niños menores y mayores, jóvenes, adultos y ancianos. También que las clasificaciones etarias ordenan relaciones de formas particulares que podemos desentrañar de manera relacional y situada.

Como mencionamos anteriormente, la edad es una categoría no solo relacional sino además situada en un contexto. Allí las clasificaciones etarias cobran sentido enlazadas a los modos particulares en que la cultura es construida generacionalmente (Feixa, 1998). Esta construcción forjada desde las posiciones etarias establece marcas que funcionarán como anclajes identitarios. Florencia Gentile refiere a este mecanismo como una "ontología negociada", aquella que han de realizar "los actores mismos en las propias interacciones organizadas en relación a los marcos de referencia locales, en tramas de relaciones donde las clasificaciones etarias se intersectan con las clasificaciones y desigualdades de clase y género" (Gentile, 2014:56).

5. Epílogo

En el recorrido de la ponencia hemos presentado cómo se definen y son vividas las edades de las personas con que trabajamos en el barrio. Lejos de la posibilidad de abordar cada grupo de edad de manera aislada, lo que

presentaría una imagen distorsionada de su cotidianeidad, mostramos que el lugar que se ocupa en cada momento a lo largo de la vida se construye en relación a otros que pueden ser pares, mayores o menores, y que además su uso y adscripción es situacional. Reafirmamos así que la edad se experimenta en un contexto de significados compartidos que la delimitan, pero no se reduce a, ni es efecto de ellos. Por eso referimos a la edad como una *experiencia*: vivida en un espacio y tiempo. El tiempo se advierte en el paso de las horas de un día, en horarios, se mide en años, meses y estaciones, se organiza en edades que segmentan el ciclo vital y en ese proceso de cronologización se producen parámetros de normalidad y anomalía. Los grados etarios que identifican y ubican a las personas en distintos momentos de su vida, son expresiones situadas que tienen efectos, que modelan las expectativas, responsabilidades y deseos de quienes en un concreto entramado de relaciones, las viven.

Hemos analizado el sistema de edades tal como es definido y empleado en el ordenamiento etario de las personas en el barrio: bebés, nenes, niños, chicos, grandes, viejos, enuncian una clasificación que posiciona socialmente a sus habitantes. En el curso de la vida este ordenamiento interpela subjetivamente y los grados de edad definidos en un continuum puntúan un conjunto de prescripciones con que suturan las identidades etarias. Crecer, desde nuestra perspectiva, implica atravesar esas sucesivas posiciones que prevén y habilitan un recorrido, y donde siempre hay espacio para la agencia de las personas. Ese tránsito por los grados de edad implica modificaciones en la posición relativa de las personas en un orden que es jerárquico.

Además de la acumulación de tiempo (medido al cumplir años) que muestra el avance en el curso de la vida, el crecer puede leerse en la apropiación – tanto como el abandono o modificación- de las prácticas y sentidos de los mayores, quienes también crecen al incorporar a su experiencia la cuestión de que alguien dependa de ellos. En la cronologización e institucionalización de la vida que pudimos reconstruir, crecer implica también asumir responsabilidades.

Ganar independencia y la posibilidad de transitar otros espacios y relaciones también se vinculan con el pasaje por distintos grados de edad. Desde edades tempranas los niños tienen relativa autonomía para moverse por el espacio público de su barrio, y en esos recorridos, al igual que en sus viviendas, la ONG y los comedores, se abren posibilidades concretas a la experiencia de la alteridad etaria, además de la de género, clase o nacionalidad (Hernández,2016)

La categoría infancia entonces, se delimita en una lógica segmentaria en contraste con la adolescencia y juventud, siendo niños todas las personas consideradas menores, que aún no pertenecen a esos grados de edad. Ese lugar ubica a los niños en una posición subordinada, porque las posibilidades de construir el mundo en que viven, aunque lo intenten, es mucho menor que la de sus mayores. Los permisos, imposiciones, negociaciones, desobediencias y otorgamiento de responsabilidades son formas que adoptan las relaciones de poder basadas en la edad y sus consecuentes desigualdades en el contexto trabajado.

Las vidas en la pobreza, la escasez, el esfuerzo cotidiano y la incertidumbre laboral marcan los cuerpos. La edad se presenta así como un campo que articula a las personas creciendo y que se produce en el diálogo con una amplia gama de sentidos en tensión. Esos sentidos no son infinitos ni intercambiables, sino que dan cuenta de la posición social ocupada en un tiempo y espacio concretos, con que se suturan dichas identidades (Briones, 2007; Hall, 2003).

Analizar las clasificaciones etarias y leer la infancia desde los entramados de discursos y prácticas que la habilitan, brinda la posibilidad de problematizar las concepciones modélicas y estancas desde las cuales muchas veces se mira a los niños. De este modo las experiencias infantiles podrán despegarse de las varas con que se miden, para entenderlas desde los pasos que –siempre en relación- las construyen.

Bibliografía

Bourdieu, P. (1999) [1993]. Efectos de lugar. En P. Bourdieu. *La miseria del mundo*. Barcelona: Akal.

Bravo Almonacid, F. (2014). *Envejecer en la pobreza: prácticas y representaciones de personas mayores tendientes a su reproducción cotidiana en ámbitos domésticos y extradomésticos*. (Tesis doctoral inédita). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, La Plata.

Briones, C. (2007). Teorías performativas de la identidad y performatividad de las teorías. *Tabula Rasa*, No.6: 55-83, enero-junio 2007. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n6/n6a04.pdf>

Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Feixa, C. (1998) De jóvenes, bandas y tribus (Antropología de la juventud). Barcelona: Ariel.

Garnier, A. (1992) *El cuadrado roto. Sueños y realidades de La Plata*. Municipalidad de La Plata.

Gentile, M. F. (2014) *La niñez en los márgenes, los márgenes de la niñez. Experiencias callejeras, clasificaciones etarias e instituciones de inclusión en niños/as y jóvenes del AMBA*. (Tesis Doctoral inédita). Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.

Hall, S. (2003). Introducción: ¿quién necesita 'identidad'? En Hall, S. y Du Gay, P. (comp.): *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

Hernández, M. C. (2016). *Crece en la ciudad: Usos y representaciones del espacio urbano entre niños y niñas de La Plata (Provincia de Buenos Aires, Argentina)*. (Tesis doctoral inédita) IDAES- UNSAM. Buenos Aires.

Hernández, M. C., Cingolani J. y Chaves, M. (2015). Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños y los jóvenes”, en Chaves M. Y R. Segura (Eds.) *Hacerse un lugar*. Buenos Aires: Biblos.

Hockey J. y A. James (1993). *Growing Up and Growing Old: Ageing and Dependency in the Life Course*. London: Sage

James, A., Jenks & Prout (1998). *Theorizing Childhood*. Cambridge: Polity Press.

Kropff, L. (2011). Apuntes conceptuales para una antropología de la edad. En *Avá, Revista de antropología*, 16: 171-187.

Magnani, G. J. (2002). De perto e de dentro: notas para uma etnografia urbana. En *Revista brasileira de ciencias sociales*. Volumen 17 N° 49 pp. 11-29.

Hecht A C, A Szulc, M C Hernández, P Leavy, M Varela, L Veron, I Finchelstein, M Hellemeier, I Tangredi y N Enriz (2009). Niñez y Etnografía: debates contemporáneos. En *Actas VIII RAM*. Buenos Aires.

Segura, R (2010). *Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata*. (Tesis de Doctorado). IDES, Universidad Nacional de General Sarmiento. Buenos Aires.

Szulc, A. (2006). Antropología y Niñez: de la omisión a las 'culturas infantiles'. En: Wilde, G. y P. Schamber (comp.) *Cultura, comunidades y procesos urbanos contemporáneos*. Buenos Aires: Editorial SB

Szulc, A.; Hecht, A. C.; Hernández; C.; Finchelstein, I.; Leavy, P.; Varela, M.; Veron, L.; Enriz, N.; Tangredi, I.; Hellemeier, M. (2009). "La investigación etnográfica sobre y con niños y niñas. Una mirada desde la antropología". *Actas XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*. Buenos Aires.